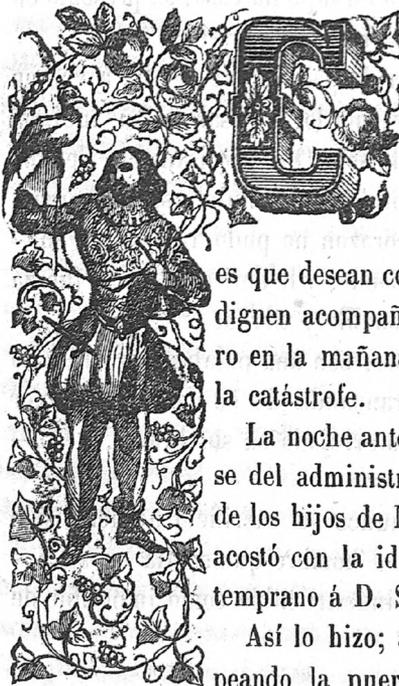


## CAPITULO IX.



### La visita de Tragabombas.



Como la desgracia ocurrida á la infeliz Renata no fué obra de la casualidad, sino un crimen odioso y premeditado á sangre fria, nos vemos en la necesidad de suplicar á nuestros lectores, si es que desean conocerle con todos sus detalles, se dignen acompañarnos á la morada de fray Severo en la mañana del mismo dia en que sucedió la catástrofe.

La noche anterior, Tragabombas, al despedirse del administrador de Blanca, de Diminuto y de los hijos de Marciana, subió á su cuarto y se acostó con la idea de madrugar á fin de visitar temprano á D. Severo.

Así lo hizo; apenas amaneció, ya estaba golpeando la puerta en la calle de Embajadores, donde éste vivia.

Una estrambótica figura medio envuelta en un manton negro se asomó al balcon, sacando fuera de la barandilla una cabeza desgreñada.

—¿Quién es el importuno que llama á estas horas? preguntó la cascada voz de la tia Lentejas, pues ella era la que se asomaba.

—Un servidor de vuestra reverencia, *señá* Marizápalos, la contestó el maton con ironía, poniéndose el sombrero sobre la oreja izquierda.

—¿Y qué se le ofrece al señor desatento?... pudiera V. tener mas atenciones con una señora de mis años.

—¡Oye! ¡bruja!.... esa misma razon hay para que no las tenga; si tuvieras quince años y un buen palmito, te llamaria cara de rosa; pero abre pronto, que no tengo ganas de estarme en la calle, cuando traigo prisa por hablar á D. Severo.

—¡Insolente! ¡se habrá visto gente mas mala que estos chulos de Lavapiés!.... se fué refunfuñando la vieja.

Todavía tuvo Tragabombas que llamar otras dos veces, porque, resentida el ama de llaves, dejó pasar algunos instantes, que empleó en concluir de vestirse, y luego, haciendo levantarse al fámulo que les servia de criado, le mandó abrir, en tanto ella pasó recado á su señor y fué á colocarse en su puesto de observatorio, detrás de la vidriera.

Don Severo ya estaba levantado y se preparaba para trasladarse á la casa de campo, asilo impenetrable y retirado, donde acostumbraba á guardar sus tesoros y donde se reunia con todos sus amigos y compañeros, los emisarios en la corte del partido carlista. Allí celebraban sus conciliábulos; siendo, puede decirse así, la retirada quinta el núcleo de todas las infamias y picardías de los revoltosos, que á pretexto de un partido y bajo su bandera, cometian mil tropelías, introduciendo en España y en infinitas familias la discordia y la desconfianza.

El cuarto de fray Severo era sumamente sencillo, nada de particular se notaba en él, solo que revelaba á primera vista la miseria y el abandono. El balcon no tenia colgaduras, ni aun siquiera unas cortinillas en los cristales, por lo cual cerraba las maderas cuando no queria que los vecinos de enfrente atisbasen sus operaciones. La cama, colocada en un extremo, componíase de un tablado de madera, dos colchones escasos de lana y la ropa necesaria;

pero muy pobre y notablemente descuidada por la vieja ama de llaves, que solo pensaba en visitar las iglesias, escuchar las conversaciones y engullirse con mucha calma sendos jicarones de chocolate.

Una antiquísima mesa de despacho ocupaba el centro del gabinete con un ancho sillón de baqueta que debió pertenecer á algun grave personaje del siglo IV.

Don Severo, medio ceñida una bata de lana, pues aunque era verano, él siempre tenia frio, fué á colocarse en su mesa, esperando saber quién era el madrugador personaje que tan temprano le visitaba.

—Abajo hay un chulo muy insolente que pregunta por V., le dijo la tia Lentejas.

—¡Un chulo! ¿no sabes quién es?....

—Sí, señor; aquel que vino dias pasados; creo que se llama Tragabombas.

Una nube de disgusto cruzó por la frente de D. Severo, y no pudo menos de exclamar para sí:

—¡Ese perdido ya vendrá á sacarme dinero!....

Luego, levantando la cabeza, dijo:

—Mira, Aleja; no le dejes entrar; dile que estoy enfermo.

—¡Qué me alegro!.... contestó la vieja echando á correr; no abras, muchacho; el señor está muy malo, fué gritando con todas las fuerzas de sus pulmones.

—La órden llegó tarde; ya el fámulo tenia abierto, y Tragabombas, subiendo á saltos la escalera, se hallaba á dos pasos del gabinete.

—No importa, prenda mia; si el amo está enfermo, yo soy un gran médico y mi visita le ha de poner bueno, dijo Tadeo Rompe-lanzas, dispuesto á pasar adelante aunque no se lo permitiesen.

—Deténgase V., aquí no se puede entrar, exclamó la vieja colocándose entre la puerta y el matón.

—Apártese el espantajo; ó si no, yo le apartaré, así, de esta manera; y diciendo y haciendo, la cogió por la cintura, y levantándola en alto como si hubiera sido un muñeco, la puso en otro

lado, entrándose en el gabinete con la mayor franqueza así que vió la puerta libre.

Cerróse esta tras él; entonces la vieja corrió á ponerse detrás de las vidrieras con objeto de escuchar la conversacion que entre los dos perillanes iba á tener lugar.

—Buenos dias, mi amo, ¿cómo vá? me ha dicho ese culebron de vieja *guardaora* de la casa, que su merced estaba enfermo, y en verdad que no tiene V. trazas de semejante cosa, ¿sería acaso por no contemplar frente á frente esta figura de *ritablo*?

—¡Qué cosas tienes, hombre!... pues no faltaba mas que yo me negase á recibirte; eso nunca.

—¡Pues ya!... me alegro infinito encontrar á su merced tan atento, contestó Rompelanzas con una risilla sumamente afectada, que manifestaba la poca confianza que le inspiraba su viejo amigo.

—Siempre lo soy con los amigos; pero dime: ¿qué te trae por aquí tan de mañana?

—Una cosa urgente.

—¿De veras?... ¿pues qué te ocurre?

—A mí nada; á V. mucho.

—Hombre, explícate.

—Voy á hacerlo.

—Mira, siéntate; aquí tienes una silla.

Fray Severo, sin saber por qué, presentia algo funesto, y como creía muy capaz de perderle á Tragabombas, se apresuraba á conjurar la tempestad tratándole con galantería.

—Aunque vengo de prisa, sin embargo, me sentaré, muchas gracias, dijo tomando la silla que le ofrecia y colocándola al otro lado de la mesa, de modo que quedaron frente á frente.

Aquellos dos hombres se aborrecian de muerte, y con todo se trataban con intimidad, no atreviéndose nunca, por mas que lo deseáran, á romper sus relaciones. Fray Severo porque le temia, y Tragabombas porque el bolsillo del fraile era el puerto de todos sus apuros; donde acudia siempre que necesitaba, sin que pudiera cerrársele jamás.

—Vaya; cuéntame esas noticias..., dijo impaciente el viejo.

—Allá voy; pero antes dígame algo de Renata; ¿está contenta?... ¿es feliz al lado de V.? no ignora su merced que me intereso por ella; y extraño mucho no verla nunca por aquí.

—Es claro; vienes á unas horas tan intempestivas, que no es fácil la veas.

—¿Estará en la cama?....

—Claro; se pasa muy buena vida; me basta tu recomendacion para tratarla con cariño.

—¡Eso sí! ¡la infeliz lo merece! porque al fin y al cabo V. disfruta todas sus riquezas, que no son pocas.....

—Dejemos esto; ¿qué necesidad hay de traer la conversacion á un terreno espinoso? dijo con disgusto el fraile.

—Mucha, señor mio; como este es el asunto que me trae á su presencia.....

—Vamos, ya te entiendo..... tú tienes algun apuro, y para que te saque de él, me recuerdas lo que daria una oreja por ver olvidado eternamente.

—Justo y cabal; su merced *adivina* mis pensamientos, que es una maravilla.

—Bien lo decia yo, exclamó respirando con algun desahogo, porque las palabras del maton habian llegado á intimidarle.

—Solamente, continuó con calma Tragabombas, que no es V. capaz de saber qué clase de apuro me preocupa.

—¡No es difícil de acertar!.... vamos á ver; ¿necesitas dinero?....

—No, señor.

—Aunque lo necesitas, en esta ocasion sería lo mismo; pues me veo bastante escaso de fondos.

—¡Descuide su merced!.... no vengo á pedirle nada; precisamente anoche me ofrecieron doscientas onzas por revelar un cierto secreto.....

—¿Y las rehusaste?....

—Justo; yo no soy traidor; antes de admitirlas, tenia que consultar con V.

—¿Luego el negocio es relativo á mí?....

—Y á Renata.

La calculada y fria calma del maton contrastaba singularmente con el temblor convulsivo que se apoderó del ex-fraile.

—Espícate; me tienes en áscuas..... balbuceó éste.

—Pues, señor, yo no sé por dónde diablos se saben todas las cosas; parece imposible que callando V. y yo como muertos, nuestro secreto se haya dejado traslucir.

—¡Hombre, habla claro! ¡por Dios, te lo ruego!.... exclamó con visible angustia fray Severo.

—No tenga prisa su merced; todavia no hay que apurarse; pues aunque el secreto está descubierto, no tienen pruebas y les ha de costar mucho el sacármelas, porque siempre ante todos y en primera línea está V., eso sí; basta que seamos antiguos conocidos y que entre los dos medien algunos secretillos, capaces ellos solos, si la justicia los descubriese, de dar con nuestros cuerpos en el palo; pero en fin!....

Don Severo se ahogaba; la desesperante calma del maton era para aburrir al mas flemático.

—Tus palabras están infernalmente calculadas para hacerme padecer, y no adivino en verdad cuál es tu idea.

—Una muy sencilla..... vengo aquí con lealtad, á decirle con la franqueza de un amigo: señor D. Severo, anoche fueron unos hombres, emisarios sin duda de un gran personage, á ofrecirme doscientas onzas porque les revelase todo lo que sepa con referencia á Renata; esto es todo; ahora V. decidirá: optando por la revelacion ó por el silencio.

—¡Gracias á Dios que te has explicado! ¿y quién eran esos hombres? ¿qué interés tenían en averiguar un secreto que á nadie debe importar, puesto que Renata no tiene ni un solo pariente que pueda interesarse por su suerte?

—Yo no lo sé; lo cierto es que me dan doscientas onzas por el secreto; pero yo me dije para mis adentros: antes de hablar, voy á consultarlo con D. Severo; ¡por el tanto, es antes que otro!.... á mí no me gusta hacer malas partidas. Con que, señor mio, V. decidirá.

—¡Doscientas onzas! murmuraba el fraile con las manos crispadas y los músculos contraídos á impulsos del colérico furor que le devoraba.

—Justas y cabales, repuso Rompelanzas saboreando una satisfacción inmensa al ver el apuro de D. Severo.

—Pues mira: sabes lo que te digo: ¡que yo no tengo doscientas onzas, ni doscientos cuartos!... exclamó el fraile en una esplosion de ira imposible de contener, y murmurando al mismo tiempo para sus adentros: esto será una superchería inventada por él, con el fin de sacarme dinero.

—Entonces, señor D. Severo, no hay mas que hablar; he cumplido con mi deber; á la órden de V. Y diciendo esto, con suma impasibilidad se levantó para marcharse.

El fraile estaba perplejo; no queria creerlo, porque siempre nos parece dudoso aquello que no nos conviene, y por otro lado, el acento, el modo de espresarse del maton y su misma inquietud le hacian vacilar.

Empero la codicia pudo mas en él que su temor; en aquel momento una idea diabólica debió cruzar por su mente, porque medio inarticuló estas palabras:

—¡Oh! ¡doscientas onzas!... ¡son una gran cantidad!... mejor es poner en planta mi pensamiento.

Luego, volviéndose hácia Tragabombas, que habia cogido su sombrero para marcharse, le dijo:

—Aplazaremos esta cuestion para mañana; hoy veré de realizar algunos pagarés y hablaremos.

—Corriente; cuando V. guste; ya sabe dónde vivo; pero cuidado no sea tarde, dijo el maton haciendo con la mano la última señal de despedida.

Don Severo le correspondió con suma cortedad; y apenas hubo salido, llamó á la tia Lentejas.

—Ha bajado á casa de Marciana; ¿quiere V. algo? dijo Renata presentándose con timidez.

—Quiero que te prepares á venir conmigo; pasaremos el dia en la casa de campo, y te divertirás.

—¡Oh! ¡cuánto me alegro!... voy corriendo á vestirme.

—Dile al criado que nos prepare dos caballos; porque supongo no te se habrá olvidado montar.

—¡Oh! no, señor; en cuanto á eso, descuide V.

Loca de alegría la pobre niña, fué á prepararse, ignorando que D. Severo se proponia introducir un poco de yesca en la oreja del animal que ella montase, lo cual, segun han visto nuestros lectores, ejecutó con infernal complacencia.

Empero, no consiguió que muriese, porque se presentó á salvarla de aquel inminente riesgo un ángel salvador en la persona del conde.



## CAPITULO X.

### La voz del alma.



**V**OLVAMOS otra vez á la quinta de la Retama.

El doctor, al presentarse en la estancia, se inclinó profundamente, saludando con un ademán lleno de circunspección á la señora de la casa; después, viendo al conde que se levantó á recibirle, se dirigió á él alargando una mano, que el otro estrechó con cordialidad.

—¡Oh! ¿qué sucede? creí que era V. el enfermo al llamarme con tanta premura, dijo el doctor.

—También tendrá V. que entender conmigo; pero lo urgente en el momento es esta señorita, que ha dado una peligrosa caída del caballo.

—¡Qué fatalidad! ¡veamos, veamos!....

El doctor se aproximó al diván donde Renata descansaba, y después de examinarla con escrupulosa atención, dijo:

—Es preciso acostarla enseguida; hay gravedad y voy á disponer fuertes medicamentos que atajen el mal en lo posible.

—Podremos trasladarla á mi quinta; está á poca distancia de aquí, repuso D. Severo.

El doctor negro, fijando en el fraile una mirada escudriñadora y profunda, le preguntó:

—¿Esta señorita es hija de V.?

—No, señor; sobrina; pero la quiero como si lo fuera.

—Bien; entonces V. no querrá que se agrave, y por lo tanto conviene no sacarla de aquí.

—Tampoco quisiera incomodar á esta señora..... murmuró mirando á Guillermina.

—En cuanto á eso, descuide V.; léjos de ser una molestia, es un placer para mí; así pues, querida mia, dijo á Zoa la de Mendoza, prepara una cama y vamos á trasladarla enseguida.

—En mi cuarto, ¿no es verdad, tia mia? con eso la cuidaré de noche..... exclamó la niña trémula de alegría y levantándose con viveza.

—No hay inconveniente; haz que las doncellas la coloquen allí; de este modo vas á tener una compañera y un cuidado mas.

—¡Válgame Dios! ¡cuánto siento esto! tendria un placer en podérmela llevar á casa, aunque fuera en un sillón y en brazos de dos criados, insistió fray Severo dando muestras de una visible contrariedad.

El doctor, que á primera vista comprendió la situación del fraile y reconoció en Renata á la protegida de Blanca, se opuso á sus deseos terminantemente, encareciendo el peligro é inspirando á Guillermina la resolución que tomó.

Con efecto, la jóven fué asistida con el mayor esmero por todas las amables personas que la rodearon y que tomaron por su desgracia el mas vivo interés. Subiéronla al piso principal, donde estaban las habitaciones de Zoa. Guillermina, que apenas se habia fijado en el doctor, las acompañó, dejando á éste solo con el conde y fray Severo.

Empero, el doctor no la miró á ella con tanta indiferencia; desde que entró en la estancia, fijó en ella una mirada dulce y lánguida á la vez; admiró las perfecciones de que se hallaba dotada y que habian crecido gradualmente con la edad.

Estaba encantadora con su cabeza de ángel cubierta de rizados

bucles, que formaban á su pequeño y espresivo rostro un bello marco.

Con las desgracias que amargaron su juventud, habia adquirido su carácter un sello de grave magestad y de dulce resignacion que la sentaba muy bien.

Su esposo la encontró desconocida. La desventura, el tiempo y el amor habíanla transformado completamente.

Cuando salió de la estancia siguiendo á Renata, no la perdió de vista el doctor, hasta que el último pliegue de su vestido desapareció detrás de la puerta. Entonces, volviéndose hácia el conde, quizá con la idea de averiguar el grado de intimidad que los unia, exclamó:

—¡Qué criatura mas bella!... Es V. afortunado, señor conde, con poseer su amistad, ó quien sabe si acaso otro sentimiento.....

La maliciosa ironía del doctor hizo sonreír al conde, que, halagado por la suposicion, repuso:

—Ciertamente es encantadora, y su amistad es para mí un tesoro inestimable que procuraré siempre conservar.

Fray Severo se habia quedado meditabundo. Ellos, sin hacerle caso, se retiraron á la ventana.

—¿Y hace mucho que la trata V.?... le preguntó el doctor.

—Sí, señor; la casualidad de vivir tan cerca, nos ha hecho estrechar las relaciones de buena amistad que ya teniamos; y luego su desventura y su carácter melancólico necesitan los consuelos de las personas que la aman.

—¡Es desgraciada!... exclamó el doctor con hipócrita fingimiento.

—Mucho..... ¿pero V. debe conocerla, ó por lo menos haber oido hablar?....

—¡Cómo se llama!....

—Doña Guillermina San Juan de Mendoza.

—¡Oh! sí, tengo noticias; mas no la conocia.

—Esta señora es la madre del jóven que se halla en las Provincias con fray Benigno.

—No me diga V. mas; sé su historia perfectamente.

Para la buena inteligencia de este diálogo es preciso una ligera aclaración.

El conde y el doctor se conocieron á bordo del vapor que los condujo á Europa desde Rio-Janeiro.

Tambien venia fray Benigno y Blanca, acompañada de sus dos camareras Emma y Lindora.

Éstas permanecieron casi siempre en su cámara; sin embargo, alguna que otra vez la indiscreta mirada del conde del Olivo pudo fijarse en el hermoso rostro de la brasileña, que, despojado de los disfraces que adoptó posteriormente, se presentaba revestido de su aterciopelada y blanca tez y con todos los mágicos hechizos que poseía.

Por eso al verla en el baile que la marquesa de Blancarosa dió para celebrar su cumpleaños, á pesar del moreno color que ocultaba su blanco cútis, quiso reconocerla, y aseguró á Guillermina haberla visto en otra parte, quizá en América; mas no podia probarlo, porque el disfraz le desorientaba por completo.

Durante las interminables horas de navegacion, reuníanse los tres personajes, conversando amigablemente y trabando entre ellos una amistad bastante sincera y expansiva.

Fray Benigno recordaba los pobres salvajes que se dejaba en la India, recién convertidos al cristianismo; se ausentaba de ellos con pena y suspiraba por volver á morir en aquellos paises.

El doctor, cuyo secreto era solo conocido de Blanca y del misionero, sentia tambien abandonar unos paises que tanto amaba y en los que, segun dijo al conde, habia habitado siempre; mentira, cuyas consecuencias favorables para él, no pudo entonces calcular, hasta que esperimentó los resultados.

Y por último el conde, acorde con ellos en las bellezas del pais, no lo estaba en cuanto al sentimiento de ausentarse de él; pues que su mas ardiente deseo era volver á España, su querida patria.

Supo que Blanca era sobrina de fray Benigno, y viajaba de incógnito á consecuencia de una promesa que tenia hecha: en esta creencia, por no parecer indiscreto, jamás durante su travesía quiso aventurar una pregunta que pudiera aclarar sus dudas.

Fray Benigno y el doctor por su parte tampoco se mostraron muy comunicativos en este punto, por lo cual su conversacion fué siempre general, amena y agradable; pero sin hacer referencia á la misteriosa viajera, que allí empezó á darse á conocer por el nombre de Blanca la Estranjera.

Desembarcaron en Portugal; Blanca se quedó allí con objeto de conocer el vecino reino, y el conde se vino á Madrid. No se volvieron á ver en bastante tiempo, hasta que la fama de Blanca empezó á divulgarse por la coronada villa; entonces creyó oportuno el conde visitar al doctor y á fray Benigno, á los que encontró tan atentos como durante su travesía.

Un día el misionero fué á despedirse del conde, manifestándole que iba á viajar por Francia, y á la vuelta por las Provincias Vascongadas. La ocasion era muy oportuna; aquella misma mañana habia el conde oido decir á Guillermina que deseaba encontrar una persona de confianza con quien poder mandar su hijo á los mismos paises que debia recorrer el misionero.

Le manifestó esta coincidencia, y al escuchar de sus lábios, que no tendria inconveniente en admitir por deferencia á él, semejante encargo, le presentó á la señora de Mendoza, con la que no pudo menos de simpatizar inmediatamente, porque Guillermina era un ángel, y él un santo. Además, entre los dos mediaba un secreto, ó mas bien, pertenecia solamente al religioso.

Recordarán nuestros lectores que el día 17 de Julio de 1834, cuando la pobre y abandonada esposa se hallaba entregada á su profundo dolor, la presentó los dos niños, confiado en la bondad de su alma y en su evangélica caridad. Su satisfaccion fué inmensa al ver que la noble jóven, no contenta con adoptarlos por hijos, los conservaba á su lado despues de haberles dado una educacion brillantísima.

Por eso, léjos de tener inconveniente en llevar á su hijo, se alegró infinito, pagándola así su buen comportamiento con los infelices huérfanos, y proponiéndose al propio tiempo formar el corazon del tierno adolescente, á fin de que por su mediacion, y poniendo en juego las fibras mas delicadas del alma, operase solamente con

su influencia una transformacion en los sentimientos del doctor y reconciliase aquel matrimonio separado de tantos años.

No convenia á sus planes revelarle que él habia sido el que, disfrazado de mendigo, la presentó los niños, y dejándola en su ignorancia, se contentó al partir con recomendárselos eficazmente.

Ahora que sabeis, lectores míos, las relaciones que unian á nuestros personajes, prosigamos escuchando el diálogo del conde y del doctor.

—Sí, amigo doctor; esta señora es digna de amor y de lástima; lo uno por su desgracia, que ha soportado con tan noble resignacion, y lo otro porque sus virtudes y su carácter la convierten en un sér celestial.

—Tiene V. razon; yo, sin conocerla, ya la admiraba.

—Ha sabido inspirar respeto á cuantos la conocen.

—Su marido, segun tengo entendido, dijo el doctor, fué poco generoso con una señora tan buena, y ella debe odiarle, conservando de él un recuerdo tan poco lisonjero.

—Todo lo contrario; si á investigar se fuera su corazon, encontraríamos el mismo fondo de tierno cariño que cuando se casó.

—¡Es particular!.... despues de tanto tiempo, debiera y la es permitido abrigar en su pecho otro amor.

El conde, exhalando un suspiro, exclamó:

—Tal creo y me afano por convencerla; pero mis palabras se estrellan ante esa grave indiferencia que me deja helado.

El acento conmovido del conde y hasta su espresion, unido á la tiernísima mirada que dirigió á la jóven, que entraba en aquel momento, revelaron al doctor el secreto de la profunda pasión que el conde guardaba en el fondo de su pecho.

Al presentarse Guillermina en la estancia, se dirigió al doctor; sus miradas se encontraron; ambos de pié, erguidos, recibiendo de lleno toda la luz de la ventana, pudieron contemplarse atentamente y sin ningun obstáculo.

Ella sintió estremecerse todo su sér; ya el eco de aquella voz le habia conmovido, pero fué una cosa pasajera y no hizo caso; mas al encontrarle de frente, recordó la estatura, la cabeza pequeña,

las facciones, todos los rasgos característicos de su marido, y murmuró para sus adentros:

—Si este hombre no fuera negro, le creeria mi marido.

Él, conociendo la investigadora mirada que le dirigia su muger, se revistió de una fria impasibilidad, y procurando dar á su voz una inflexion estraña, la dijo con mucha naturalidad:

—¿Cómo se encuentra esa señorita?

—Bastante mal; ya está acostada y ruego á V. me haga el obsequio de subir.

—¿Se han ejecutado ya mis órdenes?

—Sí, señor; tiene V. en mis sobrinos unos buenos intérpretes; ellos se han encargado de todo y han prometido no apartarse de la jóven enferma hasta que la vean en perfecta salud.

Durante este breve diálogo, Guillermina, inquieta, desasosegada, no podia apartar su vista del doctor. Por fin, sin ser dueña de contenerse, exclamó:

—Yo conozco á V.; me parece la sombra de un sueño lejano.... el bello ideal de un recuerdo perdido en la inmensidad del Océano!....

Los ojos de Guillermina se llenaron de lágrimas.

—Acaso me haya visto V. en alguna parte, contestó el doctor con marcada indiferencia, poniendo una mano en su corazon para acallar sus latidos; pues aquella naturaleza de piedra sufrió un choque terrible y no pudo menos de conmoverse.

—¡Oh! de haber visto á V., tiene que hacer muchos años; y si le he reconocido, es porque el metal de su voz y la espresion de su mirada están grabadas en mi alma con caractéres indelebles.

—Entonces no puede ser; porque yo hace solamente un año que estoy en Madrid.

—Es verdad, añadió el conde; me acuerdo en nuestra travesía haber oido decir á V. que no conocia nuestra España.

Al oir las palabras del conde, Guillermina empezó á dudar, diciendo en su interior:

—¡Si me habré engañado!....

La conversacion siguió en términos generales; subieron á ver la enferma; pero Guillermina no dejó de sentir aquella voz misteriosa de su alma.

## CAPÍTULO XI.

### Lindora.



El cuarto que habitaba el doctor Alonso pertenecía al palacio de Blanca, con el que comunicaba por medio de una galería, teniendo la entrada principal por la calle de la Aduana, núm. 42.

Componíase de varias piezas; lo primero que se encontraba después del recibimiento, era un gran salón; á la derecha estaban el gabinete, despacho, dormitorio y cuarto de vestir del doctor; á la izquierda igual número de piezas habían sido destinadas para Ildemaro.

Este simpático y amable joven, repuesto de su enfermedad, hallábase, la mañana en que fué Senen á buscar al doctor, ocupado en su gabinete de estudio.

Oyó pronunciar el nombre del conde del Olivo, y visiblemente alarmado, salió al salón.

—¿Vá V. á salir? dijo al médico viéndole dispuesto á marcharse con Senen.

—Sí, señor, ¿quería V. algo?

—Deseaba consultar con V. sobre un asunto particular; pero no hay prisa, hablaremos despues. ¿Volverá V. pronto?

—Ignoro el tiempo que 'podré permanecer fuera de casa, pues me llama con urgencia mi amigo el conde del Olivo.

—¿Conoce V. á ese caballero?... ¡cuánto me alegro!.... dijo el melancólico jóven, brillando en sus negros ojos un fugitivo relámpago de alegría.

—Bastante; pero no con intimidad para conocer sus secretos, dijo el doctor estrechando la mano de Ildemaro y yendo á reunirse con Senen, que le aguardaba en la puerta.

—¡Oh! el doctor está enterado del secreto de mi nacimiento..... ¡no me queda duda!.... murmuró en voz baja el jóven apenas se quedó solo.

El nombre del conde del Olivo habia despertado en su mente penosísimos recuerdos y dolores que yacian adormecidos en el fondo de su pecho.

Entró en su gabinete, dejó el cuadro que estaba pintando, y vistiéndose con cierto esmero, salió resueltamente, á pesar de que aun no tenia permiso del médico.

Atravesó la galería de comunicacion y entró en el patio de cristales que tenia el palacio de Blanca, inmediato al vestíbulo.

El flemático portero Fritz estaba en su puesto; cuando vió salir al jóven por aquella puerta, conoció que sería de la casa y nada le dijo: sin embargo, viendo que vacilaba entre subir y preguntarle, se anticipó á decirle:

—¿A quién busca V.?

—Desearia hablar á la primera doncella de la señora condesa, ó á su limosnera particular, una señora anciana muy amable.

—¡Ah!.... sí, sí; ya la conozco...., dijo el portero con una sonrisa de inteligencia, la cual podia traducirse por estas palabras: «esa amable viejecita que se presenta ejercitando la caridad en todas partes, es nuestra muy alta y poderosa señora la condesa Blanca.»

—¿Sabe V. si vive aquí?....

—Sí, señor: suba V. y pregunte arriba por la señorita Lindora; ella le dará cuantas noticias necesite.

—Mil gracias, dijo Ildemaro subiendo ya sin vacilar la magnífica escalera y admirándose á cada paso de la suntuosidad de aquella morada verdaderamente régia, donde el lujo, la severidad y la riqueza rivalizaban á porfía.

Era la primera vez que subia. Cuando desde la buhardilla de la plazuela de Oriente le trasladaron á la habitacion que le estaba destinada, inmediata á la del doctor, acostáronle enseguida en el elegante lecho que por orden de Blanca teniente ya preparado.

Desde aquel dia no volvió á ver á la fingida limosnera ni á saber una palabra relativa al anciano Adalberto y á su familia; empero, llegó el caso, como hemos visto, de que, hallándose mejorado, pudo abandonar el lecho; entonces recordó la historia de su vida y el misterio de su nacimiento, que Adalberto refirió á Blanca; por eso al escuchar en la mañana á que nos referimos, el nombre del conde del Olivo, á quien creia su padre, se vistió aceleradamente, saltando por encima de todas las consideraciones que sobre su aun delicada salud hubiera podido tener y se presentó en las habitaciones de la condesa.

Dos pensamientos le conducian allí: el primero, juzgando muy en el orden dar las gracias á la señora condesa por la generosa proteccion que le dispensaba, queria solicitar una audiencia con objeto de manifestarla verbalmente la sincera espresion de su profundo agradecimiento.

Tambien le conducia allí el deseo de averiguar el paradero de los que habian pasado por sus padres.

El doctor le tenia dicho que era muy difícil ver á la condesa y que cuando quisiera alcanzar alguna cosa, se dirigiese á su primera doncella la señorita Lindora.

En efecto, apenas indicó su deseo al portero de estrados, le hizo pasar á un salon, desde el cual y conducido por varios criados, fué pasando de unos en otros, admirando en todos el asiático lujo y las sorprendentes maravillas de un palacio oriental.

Llegó á un precioso saloncito tapizado de raso azul: los balco-

nes que daban al jardín, tenían abiertas las persianas, penetrando en la habitación con la balsámica fragancia de las flores, un sol espléndido y riente y una suave y perfumada brisa.

Allí le mandaron esperar á Lindora, que, entretenida en el tocador de la condesa, tardó bastante en presentarse, haciéndose, á pesar de todo, á nuestro jóven pintor el tiempo corto; pues como buen aficionado, tenía mucho que admirar en aquel precioso aposento, con solo fijarse en los frescos del techo y en la multitud de cuadros de un mérito superior, que adornaban las paredes.

Y aun cuando estas bellezas no hubieran llamado su atención, bastárale, para estar distraído, su propio pensamiento y las sombrías cavilaciones de su perturbada mente.

El que había pasado su vida siendo un modelo de buenos hijos, y orgulloso con la conciencia de su deber satisfecho, no podía resignarse á aceptar el triste papel del expósito, hijo de un lamentable estravío y de una consecuencia cruel.

El abandono de su padre, que hasta le negaba el nombre de hijo, fué para su noble corazón una flecha aguda, siendo su mas vivo anhelo adquirir los datos indispensables para juzgar con acierto si su madre había sido una muger desgraciada, víctima de la cobarde seducción, en cuyo caso, convirtiéndose en su defensor, pediría estrecha cuenta al hombre que, degradándola, la negó el título de esposa.

Fuerte con esta idea y casi convencido de que su madre, siendo una víctima desgraciada, necesitaria de su amparo, se propuso buscarla, empleando para conseguirlo cuantos medios estuviesen á su alcance.

Empapado en estos sentimientos, hallábase triste y meditabundo cuando se levantó el poitier de terciopelo que cubria el marco de una puerta situada en uno de los extremos del mágico saloncito.

Una hermosa jóven elegantemente vestida con un traje blanco de muselina y encajes se presentó en el dintel.

Idemaro adelantó unos pasos, correspondiendo á las graciosas cortesías de Lindora, pues ella era la recién llegada.

—¡Señorita, á los piés de V.!.... exclamó el jóven pintor admirando la sorprendente hermosura de Lindora.

Ella contestó:

—Beso á V. la mano; luego, indicándole un asiento, volvió á decir con voz dulcísima y melodiosa: ¡Me han dicho que deseaba V. hablarme!....

—Sí, señora; he solicitado ese honor.

—El honor es mio; pero ante todo le ruego me haga el obsequio de decir á quién tengo el placer de recibir.....

—¡Soy Ildemaro!.... murmuró el jóven ruborizándose al suprimir el apellido de Guanter que habia llevado por caridad.

—¡Ah!.... sí; ¡el protegido de la señora!....

—¿Tiene V. noticias mias?....

—Sí, señor; la señora condesa habla de V. continuamente con elogio, y conserva con particular estimacion varios cuadros suyos, que ha podido adquirir á fuerza de mucho trabajo en casa de Mr. Ernesto.

—¡Mi antiguo maestro!....

—Sí; noticiosa mi señora de la admirable conducta de V. y de las virtudes que le adornan, y teniendo necesidad de un artista de notable mérito que se encargase de trasladar al lienzo todos aquellos asuntos de su gusto particular que desee tener presentes, se acordó de V., de quien tenia noticias por una de sus amigas.

—¡Oh! la señora condesa debe ser uno de esos ángeles que el Supremo Hacedor envia alguna vez al mundo, como muestra anticipada de los que existen en la region celestial y para probarnos la existencia de un cielo donde recibiremos la recompensa á nuestras virtudes.

—¡Tiene V. razon á juzgarla de esa manera!.... ninguna comparacion mas exacta, porque en efecto mi amada señora representa en el mundo el papel de una bienhechora providencia; ella, sin dejarse ver, sin salir apenas de sus habitaciones, ha sabido estender pródigamente el doble manto de su caridad y de su amor, convirtiéndose en consoladora del triste, refugio del desvalido, amparo del infortunio, paño de lágrimas de todo el que padece, y

fecundo bálsamo que solo con la influencia de su bondad angélica cura las heridas del alma.

—¡Oh! ¿y no me será posible manifestar á sus piés todo el profundo agradecimiento de que se halla henchido mi corazon?... preguntó Ildemaro.

—¿Desea V. verla?... preguntó como asombrándose Lindora.

—¡Con toda la efusion de mi ardiente anhelo!... quisiera hacerla presente mi reconocimiento, probándola que sus inapreciables favores no han sido depositados en un pecho ingrato.

—¡Pero eso es imposible!... ¿Usted no sabe que mi señora no quiera recibir á nadie?

—Ignoraba que su prohibicion fuese absoluta, y animado por el deseo de conseguir ese honor que tan pocos alcanzan, me atreví á solicitarle; mas sin traspasar el límite de la discrecion; al menor obstáculo, retiro mi demanda, porque sentiria ser importuno.

—No la retire V., añadió Lindora; yo cumplo con mi deber manifestando á V. la órden general; ahora en su obsequio le prometo hacer presente á la señora su deseo, por si en su favor se digna alterar la regla, estableciendo una escepcion.

—¡Mil gracias, señorita! toda la vida estaré reconocido á la bondad de V., y si me permite, la pediré un nuevo favor.....

—Con mucho gusto; cuanto de mí dependa será servido.

—Usted es muy adorable; por eso me atrevo á rogarla me haga el obsequio de decirme dónde y cuándo podré ver á la simpática señora que con el título de limosnera de S. E. fué á buscarme para hacerme trasladar á este palacio; deseo preguntarla el sitio donde se halla mi familia, si no hay inconveniente en decírmelo.

—Voy á dejar á V. unos cortos instantes y le traeré debida contestacion á lo que anhela saber, dijo Lindora levantándose y saludando al jóven con un ademan de infinita gracia.

Ildemaro se levantó tambien, inclinóse con galantería, no volviéndose á sentar hasta que la seductora camarera desapareció detrás del portier de terciopelo.

—¡Qué hermosa es!... murmuró el pintor aspirando con deli-